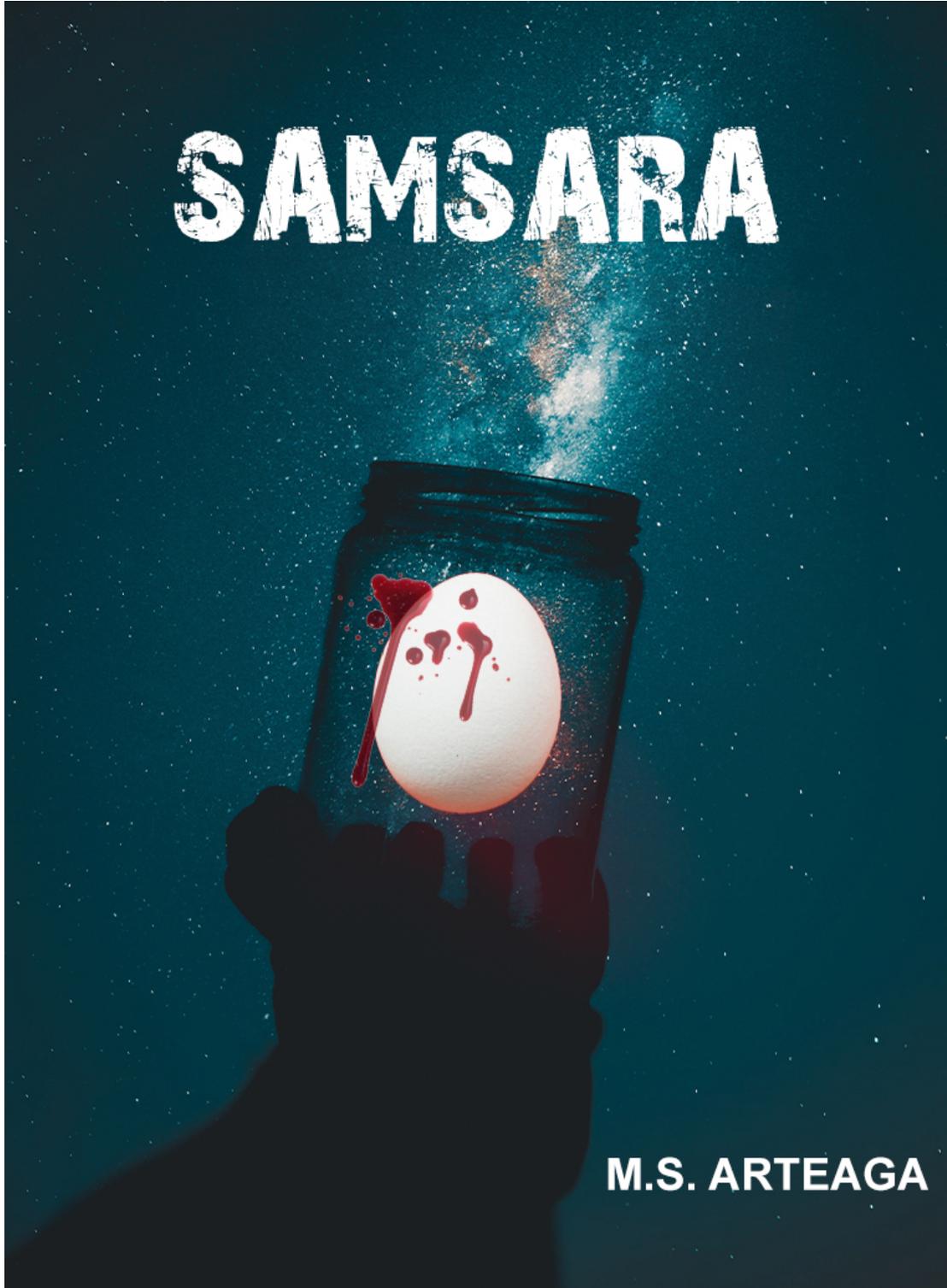


Samsara

M. S. Arteaga



Capítulo 1

Ese día llegó temprano. Aunque seguía teniendo sueño, el paseo de veinte minutos en bicicleta desde casa le había despejado bastante. Rechazó los huevos revueltos que Susana le ofreció al salir y solo se había tomado un vaso de zumo, por lo que al llegar colocó rápidamente el candado a la bicicleta y se dirigió hacia la máquina expendedora del *hall* principal.

Tenía otros motivos para no desayunar, pues todas las mañanas, Verónica se sentaba con su mejor amiga en el banco que estaba justo al lado de la máquina de golosinas, y era su oportunidad para verla y cruzar unas palabras. El mejor momento del día.

Nervioso, se acercó a la máquina mientras sacaba su cartera y fingía observar los iluminados productos del interior. Las chicas dejaron de hablar un momento y él aprovechó para mirar en su dirección:

—¡Ah! Buenos días Jenny -dijo mientras sonreía-, hola Verónica. -Había leído en una web para aprender a ligar que si se dirigía primero a la amiga, eso generaría interés en su objetivo real, aunque no estaba muy seguro de que funcionara.

—¡Hola Toni! ¿Cómo estás? -Respondieron casi al unísono.

—Eh...muy bien, aquí, a ver si como algo, ¿qué me recomiendan? -Se trataba de otro truco de la página de seducción que consistía en hacer preguntas de opinión a las chicas para implicarlas en la conversación.

—Como sigas comiendo de ahí acabarás convirtiéndote en un obeso y morirás prematuramente por problemas coronarios-Dijo Jenny divertida, su padre era médico y le gustaba demostrarlo.

—Mmmm...el *croissant* francés a mí me gusta mucho ¡Con un cacao caliente es una delicia! -Dijo Verónica mostrando una ligera timidez que encandiló a Toni.

Se sintió muy bien con la respuesta que ella le había dado y no pudo evitar quedarse mirándola más tiempo del que resultaba educado. Tenía el pelo liso y muy negro, y unos enormes ojos marrones que parecían emitir luz propia.

Ambas chicas eran guapas objetivamente, pero a él sólo le gustaba una.

—¡Jajaja, gracias! Venga, te voy a hacer caso Vero, *croissant* francés, un euro. -Introdujo la moneda, tecleó C3 en el panel de la máquina y esperó a que ésta entregara el producto por la parte inferior con un golpe seco- ¡Hasta luego chicas, buen día!

Probablemente no la vería más hoy, los estudiantes de letras se situaban

en el ala opuesta.

Se apresuró hacia su aula mientras continuaba en una nube. Al pegar un bocado, el esponjoso croissant descubría un color amarillento de mantequilla, y una especie de fina melaza lo cubría completamente y le pringaba los dedos. Desde luego no era el desayuno más sano, pero a Toni le estaba sabiendo a gloria.

De repente escuchó un sonido muy estridente cerca de su oído izquierdo, a la vez que algo le agarraba firmemente del hombro. El corazón se le aceleró y casi se cae al suelo de pánico.

—¡Gilipollas! -Le pegó un puñetazo a Jorge en el brazo mientras éste reía escandalosamente.

—¿Qué, ya viste a tu musa hoy? -Le dijo a la vez que le robaba un trozo de dulce y se lo metía en la boca. Toni asintió con sonrisa picarona y entraron a la clase con el resto de compañeros. El profesor ya había llegado.

Se sentó en su pupitre y colocó la desgastada mochila en el suelo. Lucía una chapa hippie que le había regalado su tío con un eslogan de los 70: "Power to the small massive". Le encantaba.

—¡Buenos días chicos! Espero que estén preparados para la prueba de nivel de hoy, que les recuerdo, no es un examen como tal. -Francisco enseñaba química y a Toni no le caía mal, aunque tenía por afición dejar en vergüenza a algunos alumnos delante de toda la clase. Con las chicas solía ser menos rudo y las favorecía ligeramente, pero a Toni no le constaba que hubiera hecho nunca nada remotamente inapropiado.

Todos conocían las normas y comenzaron a guardar sus libros y cuadernos, algunos trataban desesperadamente de repasar a última hora.

—¡Venga chicos! No quiero nada encima de la mesa excepto bolígrafo azul y calculadora no programable.

—¡Francisco, la mía es la Casio esta que sí es programable, pero la tengo vacía de *chuletas*, te lo juro! -Dijo Rafa con honestidad, haciendo reír a algunos compañeros.

—Yo te presto una, Rafael, que tengo esta solar que para calcular disoluciones te da y te sobra. - Dijo Francisco sacando de su maleta una calculadora horrible de plástico barato y con pequeños paneles fotovoltaicos para alimentarla. Rafa la aceptó con fastidio -Venga, tienen una hora, tiempo de sobra. Léanlo bien dos veces antes de empezar y comiencen con lo que les resulte más sencillo. Si tienen cualquier duda me

preguntan. Y no quiero estar vigilando que ya somos todos mayorcitos.

Toni se puso a resolver los ejercicios y le parecieron bastante asequibles, prácticamente iguales a los que había hecho en clase pero con otras cifras. Media hora más tarde ya había terminado y se disponía a revisar los cálculos, cuando sintió su móvil vibrar en el bolsillo.

JORGE_8:40

Tu musa va a ir a la fiesta
de la facultad de económicas del viernes.
Tenemos que ir si o si, ¿no querrás que te la levante un universitario
cachas no?

Toni miró a Jorge y éste mostraba cara de coña. Toni respondió, ocultando el teléfono debajo de la mesa:

TONI_8:41

¿Y cómo coño sabes que ella va?
Me da que el que quiere probar
suerte con las universitarias eres tú

Esperó la reacción de Jorge, que comenzó a partirse de risa. En ese instante una potente voz rasgó el silencio, sobresaltando a todos.

—¡Toni! ¿Qué haces con el móvil? -El profesor sonó muy agresivo.

—Nada Francisco, no me estaba copiando, de verdad. Guardó el teléfono rápidamente en el bolsillo.

—Toni, ven aquí, a la pizarra- Dijo en tono autoritario.

—Francisco, ya había terminado, en serio, lo estaba revisando. El examen está fácil en realidad. -Tania lo miró con resentimiento, seguramente ella no lo encontraba fácil.

—No es un examen, y he dicho que vengas aquí. -En este punto los compañeros comenzaron a sentirse incómodos y revolverse en sus sillas. Silencio total.

Toni se levantó despacio y fue hasta la pizarra, al lado de la mesa del profesor. Se mantuvo en silencio.

—¿Tú crees que esto es una broma? Dámelo. -Toni respondió con voz temblorosa, no soportaba las injusticias:

—Francisco de verdad, sólo estaba bromeando con un amigo, nada que ver con hacer trampas.

—¿Bromeando con un amigo? Pues ahora me vas a desbloquear el teléfono y vamos a leer en alto todas tus conversaciones. -Toni se quedó helado, no sabía qué responder, no podía creerlo.- O mejor aún, te vas a poner delante de todos tus compañeros y te vas a bajar los pantalones.

—¿Qué? -Aquello era demasiado. Toni sintió como un fuego le subía desde los pies hasta la cabeza. Dudaba entre ponerse a llorar o golpear al profesor en la cara.- No te pases Francisco, te estás pasando.

—Voy a obligarte a que te quedes desnudo para que te miren todos y se rían de ti. -Francisco se levantó amenazante y se dirigió hacia el chico. No era más alto que Toni, pero sí mucho más fuerte. Toni era bastante delgado y probablemente no podría hacerle frente físicamente. No podía moverse del sitio ni hablar, estaba congelado de terror.

En ese momento, el profesor tomó el borrador de tiza de una repisa en la pared y comenzó a golpearse a sí mismo con él. Su pelo canoso empezó a llenarse de polvo de tiza mientras se pegaba rítmicamente en la sien, una y otra vez, cada vez con más fuerza.

—¡Francisco, para! ¿Qué haces? -Toni alargó la mano en un ademán por detener al profesor, pero la retiró. Repentinamente, y con muchísima fuerza, Francisco dio un cabezazo a su escritorio. Lo que Toni vio a continuación lo horrorizó:

El ojo derecho del profesor estaba completamente destrozado. Había golpeado duramente la afilada esquina de su propia mesa y lo que quedaba en la cuenca ocular era una masa informe y gelatinosa. La sangre brotaba generosamente de la oquedad y el párpado se encontraba hundido, en una posición muy antinatural.

En ese momento, algo cambió. El tiempo pareció detenerse, o más concretamente, dejó de existir. Toni no tenía ninguna noción de lo que ocurría a su alrededor, ningún sonido. No había compañeros gritando o corriendo para pedir ayuda. Entonces dejó de sentir miedo. Sólo estaban Francisco, su ojo deforme, y él. Lo miró profundamente y le dijo:

—Esta es la cárcel, Toni, tu propia prisión. Para toda la eternidad. Así es como yo me alimento, trata de entender.

Cuando abrió los ojos, estaba en mitad del aula, todos a su alrededor. Francisco gritaba apurado que se alejaran y le dejaran espacio, y se abrió paso entre la fila de adolescentes hasta llegar a la altura de Toni, que yacía de espaldas en el suelo.

—¡Voy a llamar a la enfermera, quédate aquí tranquilo, por favor!

Su ojo estaba perfectamente, y el tono de voz era el de un profesor que está realmente preocupado porque su alumno se desplomó en mitad de la clase y perdió la consciencia.

FIN DEL CAPÍTULO 1